

EL PENSAMIENTO SOCIOECONOMICO CHILENO Y LA CRISIS EN AMERICA LATINA *

M. F. ROSA NEUBAUER**

RESUMEN: En Chile, las concepciones no solamente críticas sino además esencialmente transformadoras de la realidad social son mucho más recientes de lo que suele creerse. Su generalización en las ciencias sociales, como un quehacer más sistemático y riguroso, data tan sólo a partir de los años 60; más bien hacia mediados y fines de dicha década. Siendo así, las ciencias sociales, particularmente la economía política, han seguido hasta ahora un desarrollo en el que es posible precisar, tanto histórica como temáticamente, los siguientes cinco momentos: 1) el impulso decisivo de los años 60; 2) la crítica al desarrollismo; 3) los intentos por concretar dicha crítica en una alternativa popular y revolucionaria de desarrollo; 4) la crítica y autocrítica al fracaso de la «vía chilena»; 5) los recientes esfuerzos teóricos por comprender en términos más objetivos la contrarrevolución en Chile a la luz de la crisis actual.

Introducción

A la luz de la situación actual de las ciencias sociales en América Latina, cuando se intenta un balance de las contribuciones que la han ido conformando, se constata que tales contribuciones correspon-

* Ponencia presentada el 29 de marzo de 1979 en el ciclo "Capitalismo e Imperialismo en América Latina", sección Chile, organizado por el Seminario de Teoría del Desarrollo del IIEC-UNAM.

** Investigador del IIEC-UNAM.

den, más bien, a corrientes del pensamiento científico-social prevaliente, que a países. Desde esta perspectiva, resulta pues difícil precisar los términos de lo que pudiera entenderse como aportaciones de un determinado país a este campo del quehacer científico: ¿la producción intelectual de investigadores e instituciones de nacionalidad correspondiente al país en referencia?; ¿el quehacer de elaboración teórica que ha tenido lugar en dicho país, ya sea institucionalmente o no, considerándose, en este caso, indistintamente, a autores nacionales y extranjeros, tanto individual como colectivamente?; ¿el quehacer no sólo teórico sino también práctico de los científicos sociales, expresado en su participación activa en los procesos de transformaciones liberadoras que impulsan sus propios pueblos, teniéndose presente que pensamiento y acción, teoría y práctica, son pues dos momentos de un mismo proceso?

Si el criterio a considerarse fuera el primero, por cierto que, en términos generales y salvo destacadas excepciones, las aportaciones de autores propiamente chilenos al desarrollo de las ciencias sociales en América Latina dista aún de llegar a los niveles de rigor teórico y productividad con que se desempeñan los científicos sociales de países como Brasil, México o Argentina. Y, en el terreno específico de la economía política y de la teoría del desarrollo, esta distancia es aún mayor cuando se trata de estudios que trasciendan la problemática propiamente local o nacional.

Si interesa más bien evaluar las contribuciones a las ciencias sociales realizadas por el país en cuanto tal, vale decir, el quehacer científico que allí ha tenido lugar, independientemente de que haya sido impulsado o desarrollado por investigadores nacionales o extranjeros, el balance es menos desfavorable, ya que, hacia fines de los años 60 y principios de los 70, Chile llegó a constituirse en uno de los más activos centros de desarrollo de las ciencias sociales en América Latina. Según este criterio, podría incluso llegar hasta a considerarse como «chilena» parte importante de la obra de autores como Andre Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra, Aníbal Quijano, Tomás Amadeo Vasconi y tantos otros que sin ser chilenos de nacionalidad encontraron en el Chile de entonces las condiciones más propicias para desarrollar aquellos estudios que fueron dando origen a lo que actualmente se ha dado en denominar «teoría de la dependencia».

Si se entiende a las ciencias sociales como una actividad tanto teórica como práctica, vale decir, no sólo interpretativa, sino además esencial y profundamente transformadora de la realidad social, el balance chileno en el quehacer científico-social del continente viene

a ser incluso muchísimo menos desfavorable. Las ciencias sociales en América Latina han conocido pocos momentos de tan intensa integración entre teoría y práctica como el de Chile durante los años 1970-1973. La reconocida politización del pueblo chileno, producto de una conciencia social relativamente desarrollada y expresada en una vasta participación popular a través de diversas organizaciones sociales y políticas, aun en la actualidad, no obstante las difíciles condiciones prevalientes para la libre expresión ciudadana, indudablemente que no ha sido del todo ajena a los científicos sociales chilenos. Por el contrario, probablemente esté en el trasfondo de su mayor preocupación por los problemas más contingentes del país, lo que ha implicado, como contrapartida, una menor presencia en los esfuerzos que se realizan en el resto de la región para una comprensión más global y profunda de la formación social latinoamericana en la actual fase imperialista.

Aunque explicable, se trata pues de una debilidad teórica que, de alguna forma, con el exilio de un gran contingente de investigadores, comienza a superarse gradualmente. En esta tarea, la contribución de los colegas anfitriones ha sido especialmente significativa, no sólo por la generosa solidaridad, ya de por sí ejemplar, con que han acogido a dichos contingentes en el exilio, sino también por el constante estímulo con que han estado impulsando tales afanes. La realización de este ciclo sobre América Latina, dentro de los programas de trabajo del Seminario de Teoría del Desarrollo de este Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, constituye, una vez más, expresión concreta de ello.

El impulso decisivo de los años 60

Por otra parte, hay que tener también presente que las concepciones no solamente críticas sino que además esencialmente transformadoras de la realidad social son en Chile mucho más recientes de lo que suele creerse. Su generalización en las ciencias sociales, como un quehacer más sistemático y riguroso, data tan sólo a partir de los años 60; más bien hacia mediados y fines de dicha década. Entonces, el nuevo curso ascendente de las luchas obreras y populares proporcionó un marco social y político extraordinariamente propicio y motivador para ello, mientras que, ceñido a la política imperialista de la Alianza para el Progreso, el reformismo desarrollista de Frei, con sus insuficiencias y fracasos, iba dejando al descubierto las fisuras de un capitalismo dependiente en crisis y de un orden de dominación que co-

menzaba a resquebrajarse ante las crecientes contradicciones entre las clases dominantes y una relación cada vez más antagónica entre éstas y las masas trabajadoras.

A este decisivo impulso experimentado por las ciencias sociales en Chile durante los años 60 contribuyó asimismo el desarrollo que la lucha de clases también iba teniendo en el plano internacional y que se expresaba a través de nuevos acontecimientos como el indiscutible triunfo de la Revolución Cubana, el suceso de mayor relevancia e incidencia; la intervención directa de Estados Unidos en República Dominicana e indirecta en los procesos de contrainsurgencia de Brasil y Perú; los indicios de una nueva crisis capitalista a escala mundial, evidenciados en forma más notoria con las derrotas imperialistas en el sudeste asiático y África; las movilizaciones estudiantiles en diversos países; las diferentes pugnas entre las potencias imperialistas y dentro de sus propias fronteras; asimismo, la sorpresiva irrupción de la crisis también en el campo socialista con nuevos problemas internos en la URSS y el desplazamiento de Nikita Kruschov, el conflicto chino-soviético, la Revolución Cultural China y la intervención del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia.

La reflexión y discusión de estos nuevos problemas nacionales e internacionales fue activando y enriqueciendo el quehacer académico y político del país. A ello contribuyó decisivamente la activa participación de un calificado contingente de científicos sociales extranjeros, quienes, en diversas universidades, no sólo dinamizaron este proceso sino que además le proporcionaron un mayor rigor científico a su desarrollo.

Es así como todas estas circunstancias se tradujeron en una reactivación de la vida universitaria y estudiantil, ya sea constituyéndose nuevas instancias para el estudio de los problemas económicos, políticos y sociales, o reforzando las ya existentes. Surgen de esta forma el Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Universidad de Chile y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica de Chile, a la vez que un impulso renovador cobra fuerza en otras instituciones de educación superior, como el Instituto de Economía y Planificación, la Facultad de Ciencias Económicas y la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, y en diversas escuelas y centros de investigación de la Universidad de Concepción, la Universidad Católica de Chile, la Universidad Técnica del Estado y la Universidad Católica de Valparaíso.

Así, al calor del devenir nacional e internacional, particularmente de sucesos como la Revolución Cubana, las ciencias sociales en Chile van encontrando el hilo conductor de su desarrollo en el pen-

samiento marxista, el que experimenta, a su vez, una revitalización teórica, logrando romper el anquilosamiento en que por décadas se había encontrado sumido. A dicho proceso también acude una importante corriente del pensamiento cristiano, abierta a las transformaciones sociales profundas, a partir de los acuerdos del Concilio Vaticano II y de la Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín. De aquí surgen iniciativas posteriores como el CEREN y las propuestas iniciales respecto a una vía no capitalista de desarrollo, que posteriormente convergen con el pensamiento marxista en torno a la necesidad de un proyecto socialista para el país.

Ahora bien, tras este impulso decisivo de los años 60, las ciencias sociales, particularmente la economía política, han seguido hasta ahora un desarrollo en el que es posible distinguir cuatro momentos adicionales, susceptibles de precisarse temporalmente en términos históricos pero más que nada definidos por la temática a que predominantemente ha estado dedicado el pensamiento social, político y económico chileno:

- 1) La crítica a las concepciones burguesas, enfocada básicamente hacia su versión entonces más acabada, vale decir, el desarrollismo;
- 2) Los intentos por hacer de dicha crítica no sólo una alternativa teórica sino que también por concretarla políticamente en la práctica mediante una estrategia popular y revolucionaria de desarrollo;
- 3) La crítica y autocrítica al fracaso de la «vía chilena» al socialismo;
- 4) Los esfuerzos por comprender en términos más objetivos la contrarrevolución chilena, en relación a la actual crisis prolongada del capitalismo a escala mundial.

La crítica al desarrollismo

En Chile, especialmente durante la década de los 60, el desarrollismo llegó a adquirir gran presencia en la vida nacional; ideológicamente, por estar ubicada en Santiago la sede principal de uno de sus más importantes centros de difusión y elaboración teórica: CEPAL; políticamente, porque entonces el gobierno de Frei constituyó para el país uno de los intentos desarrollistas más integrales y amplios, incluso con proyección hacia el resto del continente; al respecto, baste recordar, por ejemplo, iniciativas como la del Pacto Andino.

Es probable que estas dos circunstancias hayan contribuido significativamente para que también en Santiago surgieran algunas de las principales impugnaciones al desarrollismo, además, el hecho de que, por las contingencias de la lucha de clases en otros países de la región, Chile se fue convirtiendo en una especie de retaguardia política y teórica de América Latina.

Se constituyeron así equipos de trabajo que fueron elaborando planteamientos críticos al desarrollismo. La expresión más acabada de tales planteamientos —por su fundamentación teórico-metodológica más consistente con la economía política y la teoría del imperialismo— se fue logrando en los estudios sobre dependencia que se realizaron en el CESO. Sin caer en exageraciones, se puede llegar a afirmar que la actividad de investigación y docencia desarrollada desde allí por autores como Gunder Frank, Marini, Dos Santos y Bambirra, alcanzó incluso a constituir escuela dentro del pensamiento científico-social del país, particularmente en el campo de la economía política. En dicha escuela se formó toda una generación de jóvenes investigadores.

Así, la crítica más sustantiva que autores chilenos logran formular al desarrollismo se da dentro de los marcos teóricos y metodológicos de la teoría de la dependencia.¹ Esta crítica puede resumirse en los siguientes puntos fundamentales:²

- 1) En las ciencias sociales no existe neutralidad en cuanto a las clases, sus fracciones e intereses. No hay una ciencia social pura e independiente de las clases sociales, ya que, en última instancia, ésta expresa los intereses generales de una u otra de las actuales dos clases antagónicas fundamentales y los particulares de una determinada fracción.
- 2) “En este sentido, el desarrollismo constituye [...] la fiel expresión de los intereses de la burguesía industrial que se consolida a partir de la crisis,³ para constituirse posteriormente

¹ Siendo ya suficientemente conocida, igualmente las tesis desarrollistas, y existiendo en este ciclo una ocasión más propicia para una discusión al respecto, especialmente en las próximas sesiones relativas a Brasil y México, sólo se sintetizarán aquí los principales planteamientos de dicha crítica.

² Cf. Sergio Ramos, *La dependencia del desarrollismo*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO), Universidad de Chile, s/f. (Mimeografiado.) También, Orlando Caputo y Roberto Pizarro, *Dependencia y relaciones internacionales*, San José, Costa Rica, Edit. Universitaria Centroamericana (EDUCA), Colección Aula, 1974.

³ De los años 30.

en el sector dominante dentro de la clase dominante”,⁴ que “cifra su consolidación en un «desarrollo nacional autosustentado»”.⁵

- 3) Por tanto, la “concepción desarrollista representa la justificación del proceso de «desarrollo hacia dentro», que constituye la respuesta práctica a la crisis del comercio exterior en la etapa de «desarrollo hacia afuera»”.
- 4) Si bien el desarrollismo nace de la crítica a la teoría económica burguesa tradicional del comercio internacional, defensora del principio de las ventajas comparativas, no entraña una «ruptura epistemológica» con dicha teoría, sino su «modernización», por cuanto “la conceptualización desarrollista surge, no de una crítica de carácter global (ni mucho menos epistemológica) de aquélla, sino que de una crítica a las premisas ortodoxas que aparecen, al confrontarse con la realidad latinoamericana, totalmente divergentes de la realidad del comercio exterior de nuestros países”.⁶ “Es decir, se hace una crítica a los supuestos y postulados de la teoría ortodoxa, que no se cumplen en la realidad, pero no existe un análisis destinado a percibir si la metodología utilizada o el marco teórico dentro del cual los supuestos de la teoría adquieren su verdadera dimensión son correctos o no, desde el punto de vista de la comprensión de las relaciones esenciales que definen la estructura del comercio internacional. El desarrollismo se permite criticar algunos postulados, levantar uno que otro supuesto ortodoxo y, por tanto, mantener en definitiva la lógica interna de los modelos criticados”.⁷
- 5) La “incapacidad del pensamiento desarrollista de enfrentar una crítica al conjunto de la teoría anterior, es decir, a la teoría ortodoxa del comercio internacional”, se traduce en un eclecticismo en el que se mezclan “proposiciones teóricas de los clásicos y aportes posteriores”, “postulados nacionalistas” y “situaciones concretas que presenta el comercio exterior”, de lo que “surge una serie de combinaciones de escasa coherencia interna, en que algunos postulados son totalmente contradictorios entre sí”.⁸ Por ejemplo, cuando el desarrollismo iden-

⁴ O. Caputo y R. Pizarro, *op. cit.*, p. 41.

⁵ *Ibid.*, p. 30.

⁶ *Ibid.*, p. 42.

⁷ *Ibid.*, p. 43.

⁸ *Ibid.*, p. 45.

tifica en el comercio exterior a una de las principales causas del subdesarrollo y propone resolverlo con una industrialización sustitutiva de importaciones, que “sólo podría llevarse a cabo en la medida que el comercio exterior dejara de ser «obstáculo», plantea la necesidad de “diversificar exportaciones y conseguir mejores precios para los productos básicos (primarios) que exporta América Latina”, con lo que primero rechaza el principio de las ventajas comparativas, básico en la teoría tradicional, a la vez que enseguida lo acepta y reafirma, cuando sugiere “intensificar la exportación de primarios mediante políticas que lleven a una vuelta al intercambio libre (eliminación de barreras), y, de esta manera, lograr mejores precios para estos productos”.⁹ Asimismo, las contradicciones a que conlleva el eclecticismo del pensamiento desarrollista quedan de manifiesto en las funciones y requisitos que le asigna al capital extranjero, pues es bien sabido que éste, en esencia, no alivia los desequilibrios en la balanza de pagos sino que los agudiza aún más, no constituye un complemento del ahorro nacional sino más bien un mecanismo de absorción de plusvalía, no redistribuye homogéneamente el progreso técnico en el mundo capitalista sino que acentúa su desigualdad, transfiriendo a las economías capitalistas dependientes tecnología usualmente obsoleta, ni constituye tampoco condición transitoria para el desarrollo sino permanente del subdesarrollo.¹⁰

- 6) Como “forma de interpretación, el desarrollismo es fundamentalmente empirista y, en cuanto a las políticas de acción que propone, es esencialmente pragmático”.¹¹ Representando una crítica al capitalismo desde la conciencia burguesa, el pensamiento desarrollista no logra comprender la esencia del sistema capitalista, y sus políticas por tanto son incapaces de romper su lógica de funcionamiento, sistema “que existe y se desarrolla gracias a una estructura de relaciones internacionales que genera el desarrollo de ciertos países y, paralelamente, el subdesarrollo de otros”.¹² Por ejemplo, el control de las importaciones y la industrialización sustitutiva en vez de resolver los problemas de comercio exterior y de superar la “dependencia externa”, agudiza aún más dichos problemas y pro-

fundiza en mayor grado la dependencia, ya que la participación en la sustitución de importaciones le permite al capital extranjero ejercer un control directo sobre los mercados internos y obliga a las economías latinoamericanas con crecientes desembolsos de divisas para el pago de los nuevos servicios financieros.¹³

- 7) En consecuencia, los “desarrollistas entienden [...] la dependencia como una relación lógica formal en que existen determinadas causas externas que tienen sus efectos en el comercio exterior, creando obstáculos al desarrollo. Esa connotación externa de la dependencia les hace hablar precisamente de «dependencia externa»,¹⁴ sin que lleguen a la verdadera comprensión estructural del fenómeno. De aquí se deducen dos implicaciones para la concepción desarrollista de la dependencia. “En primer lugar, como el análisis se dirige a las manifestaciones concretas y no a las relaciones esenciales, se plantean cambios a nivel de esas manifestaciones, en forma parcelada y no respecto del conjunto de las relaciones esenciales que la determinan”, lo que “implica suponer que es posible eliminar la dependencia dentro de los marcos del sistema capitalista mundial [...] En segundo lugar, al entender la dependencia desde un punto de vista mecánico, viendo sólo sus efectos en el sector externo, el desarrollismo no puede comprender las relaciones más decisivas que se marcan en esta fase monopólica de desarrollo del sistema capitalista [...], precisamente en el interior de las economías donde [...] las relaciones de dependencia”¹⁵ existen estructuralmente.

Por una estrategia popular y revolucionaria de desarrollo

La crítica del pensamiento chileno al desarrollismo no provino exclusivamente del quehacer académico. Sólo logró allí un mayor grado de sistematización y elaboración teórica, siendo más bien tardía en relación a la crítica que se venía planteando desde el movimiento político y social.

Por ejemplo, ya desde su fundación, concretada en 1953 por Clotario Blest y otros dirigentes obreros, la Central Única de Trabajado-

⁹ *Ibid.*, p. 46.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 37-40 y 89-116.

¹¹ *Ibid.*, p. 46.

¹² *Ibid.*, p. 47.

¹³ *Ibid.*, pp. 46-47.

¹⁴ *Ibid.*, p. 48.

¹⁵ *Ibid.*, p. 49.

res (CUT) no sólo asumió una posición crítica frente al Estado y sus políticas sino que se planteó también la lucha militante de los trabajadores chilenos contra el sistema capitalista de dominación y por el socialismo, lo que la hizo objeto de una intensa represión. Posteriormente, no obstante que con la salida de Clotario Blest de la dirección, la CUT experimentó una merma en su combatividad, siguieron manteniéndose vigentes las concepciones críticas respecto a la incapacidad del Estado burgués para sacar al país de su condición de subdesarrollo y dependencia. Se afirmaba que la crisis económica y social ya entonces prevaleciente obedecía a dicha incapacidad y a que las políticas gubernamentales sólo beneficiaban al capital monopólico nacional y extranjero, haciendo recaer todo el peso de la crisis sobre las masas trabajadoras de la ciudad y el campo. Se llegó incluso a proponer una plataforma de lucha que planteaba la nacionalización de las riquezas básicas, la eliminación de los grandes monopolios comerciales e industriales, la estatización de la banca y la destrucción del latifundio.¹⁶

El cuestionamiento de los partidos obreros y populares, y de sus dirigentes, a la política desarrollista de la burguesía y el imperialismo llevaba también ya varios años y es a partir de la Revolución Cubana que cobra un nuevo impulso, particularmente cuando Estados Unidos intenta contraponerle, a su vez, a la Alianza para el Progreso como alternativa. Baste recordar, a modo de ejemplo, las siguientes palabras pronunciadas por Salvador Allende en la Universidad de Uruguay, el 13 de abril de 1967:

Seis años después —fracasada Playa Girón— asoma la amenaza del Ejército Interamericano de Paz. Además, aparece justa la expresión «letrocracia» con que el Che Guevara motejara el desarrollismo de la Alianza para el Progreso.¹⁷

Se planteó la Alianza para el Progreso como un esfuerzo conjunto para mejorar rápidamente las condiciones de vida de la población y acelerar el ritmo de crecimiento económico de los países latinoamericanos, y hasta se firmó el compromiso de

¹⁶ Cf. Marcela Noé Echeverría, "La Central Única de Trabajadores: orientaciones de su acción histórica", en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, núm. 8, Santiago, Chile, Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), Universidad Católica de Chile, julio, 1971, pp. 43-53.

Salvador Allende, *Punta del Este: La nueva estrategia del imperialismo*, Montevideo, Edit. Diálogo, colección Despertar de América Latina, núm. 1, 1967, p. 24.

alcanzar metas mínimas de crecimiento del 2.5% anual en ingreso por habitante.

En los hechos, no sólo se ha estado muy lejos de cumplir esa meta, que no era nada de espectacular, sino que además, en lugar de acelerarse, disminuyó sustancialmente el ritmo de crecimiento económico.¹⁸

América Latina perdió la esperanza que le hizo alentar la publicidad de la Alianza para el Progreso. Eso lo saben sus creadores. Están conscientes, a través de las múltiples encuestas que hacen en el Continente, y con las cuales perforan la vida privada y la intimidad de los ciudadanos, que América Latina se halla decepcionada. La frustración aparece, desnuda, ante los ojos de todos los observadores honestos.¹⁹

El imperialismo es una realidad. No es una ficción. No es una consigna política.

El imperialismo existe y para subsistir necesita que también existan y perduren las estructuras del subdesarrollo.

La situación de subdesarrollo no confiere a nuestros países una originalidad propia en materia económica y política. Se encuentran ligados dialécticamente a los países avanzados por lazos de explotación y dependencia que fluyen de la esencia misma del imperialismo. El subdesarrollo es hoy en gran medida un producto del capitalismo mundial, después de haber provenido, en una primera etapa, como producto del feudalismo colonialista en vastas regiones del globo que «perdieron el ómnibus» de la revolución mercantil primero y, más adelante, de la revolución industrial.²⁰

Si el movimiento obrero y popular chileno tendió a ser siempre más intuitivo, creador y dinámico que su expresión propiamente teórica, adelantándose con frecuencia a la inexperiencia de un quehacer científico-social más bien incipiente,²¹ era pues de esperar que pro-

¹⁸ *Ibid.*, pp. 30-31.

¹⁹ *Ibid.*, p. 28.

²⁰ *Ibid.*, p. 51.

²¹ Los orígenes, características e implicaciones de este «desfase», no sólo para Chile, sino también para otros países del continente, como es el caso de Bolivia, y que en situaciones como la de México asume connotaciones más bien inversas, prácticamente, hasta ahora, no han sido objeto de un estudio riguroso por las ciencias sociales en América Latina, no obstante la importancia que reviste el conocimiento de este fenómeno para una comprensión más profunda del movimiento obrero, popular y revolucionario latinoamericano.

vinieran de allí las iniciativas por concretar en la práctica la crítica al desarrollismo. Tales iniciativas lograron entonces su mayor significación política con la constitución del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), en 1965, y de la Unidad Popular (UP), en 1969.

El MIR, que con la conducción de Miguel Enríquez se constituyó posteriormente en partido político y en cuya fundación participaron además otros disidentes del Partido Socialista (PS) y del Partido Comunista (PC), e inicialmente también Clotario Blest, heredero de Luis Emilio Recabarren y organizador incansable del movimiento obrero y popular, surgió de la confluencia de sectores que veían en la Revolución Cubana la crítica práctico-teórica más contundente al desarrollismo y que, por tanto, postulaban planteamientos como la “posibilidad de la revolución proletaria en América Latina”, el “rechazo a la unilateralidad de las formas institucionales y parlamentarias de lucha” y la “necesidad de la lucha armada para la conquista del poder por el proletariado”.²²

Asimismo, dentro del espectro político chileno, el MIR representó, por una parte, “la decisión de romper con la tradición centrista de los grupos de izquierda revolucionaria en Chile, que hacían de la mera crítica a los partidos de la izquierda tradicional, el centro y objetivo de su actividad, grupos que, en lugar de darse a la tarea paciente de construir una organización revolucionaria, enraizada en las masas, asumían más bien el papel de «consejeros» de la izquierda, papel que desempeñaban, ya sea desde fuera de los partidos tradicionales, ya sea ingresando como fracción a dichos partidos”.²³ Por otra parte, el MIR significó entonces también “una ruptura declarada respecto a las ideas imperantes en la izquierda chilena sobre el carácter de [la] revolución”, tanto frente “a las concepciones del Partido Comunista que, para justificar su política centrista, «encontraban» en la realidad chilena resabios y vestigios feudales o semif feudales, así como frente a las concepciones predominantes en el Partido Socialista que, aun reconociendo el carácter capitalista de la sociedad chilena, señalaba como enemigo a una cierta «oligarquía» que no definían en términos sociales precisos, dejando, en los hechos, campo abierto a la colaboración de clases”.

Así, las principales tesis que comenzaron inicialmente por distinguir al MIR del resto de la izquierda chilena fueron:

²² MIR, “Notas sobre la historia del MIR”, en *Correo de la Resistencia* (edición especial), núm. 3, MIR, sept., 1975, p. 29.

²³ *Ibid.*, p. 29.

- 1) “[...] aun cuando la burguesía chilena no hubiera realizado ciertas transformaciones que en otras sociedades son transformaciones democrático-burguesas ello en modo alguno implica una supuesta potencialidad revolucionaria ni de la burguesía como clase ni de fracciones de ésta”.
- 2) “Por el contrario, la no realización de tales tareas [...], obedece al carácter dependiente y atrasado de la formación capitalista chilena”.
- 3) Ante ello, “sólo el proletariado a la cabeza del pueblo, derribando por la violencia a la dominación burguesa e imponiendo su propia dictadura, podrá llevar adelante, en un proceso de revolución proletaria, tanto las tareas supuestamente «democrático-burguesas» como las tareas propiamente socialistas que son imprescindibles”.²⁴
- 4) Por tanto, la tarea histórica actual y fundamental de “la clase obrera y el pueblo [es] la realización de una *revolución proletaria* a través de las más diversas formas de lucha”.²⁵
- 5) Dicha tarea exige “preparar al partido y al pueblo para el ineludible ejercicio de la violencia revolucionaria en el largo camino de la lucha por el poder”.²⁶
- 6) Tal preparación debe apuntar a la construcción de un partido de nuevo tipo, de carácter “político-militar” y que reúna las “condiciones para desarrollar con cierto grado de autonomía las tareas políticas y militares que la lucha de clases [exige]”.²⁷

Por cierto que, más allá de su connotación propiamente política, la constitución del MIR vino a representar, en esencia, un esfuerzo práctico y teórico, bastante novedoso y profundo, de cuestionamiento al orden burgués de dominación y, en consecuencia, de crítica al desarrollismo. Sin embargo, va a ser con la constitución de la Unidad Popular, y luego con su gestión de gobierno, cuando dicha crítica alcanza la mayor dimensión social y política hasta ahora conocida en Chile. Socialmente, debido al carácter popular e inicialmente movilizador del programa UP, además de la añeja tradición de masas de sus tres principales partidos (PS, PC y PR).²⁸ Políticamente, por lo que

²⁴ *Ibid.*, p. 30.

²⁵ *Ibid.*, p. 30. (Subrayado en el original.)

²⁶ *Ibid.*, p. 30.

²⁷ *Ibid.*, p. 33.

²⁸ Partidos Socialista, Comunista y Radical, fundados en 1933, 1922 y 1858, respectivamente.

significó para el capitalismo dependiente chileno un gobierno cuya política constituyó un intento cuestionador y transformador de sus estructuras en la perspectiva del socialismo.

Para el quehacer científico-social del país, el proceso UP fue también de indiscutible importancia, ya que tras su convocatoria programática se alineó la gran mayoría de los sectores críticos al desarrollismo, lo que tuvo un efecto revitalizador sobre este tipo de actividad académica y profesional, a la vez que se logró una relación dialécticamente muy rica entre teoría y práctica.

Las tesis fundamentales del programa de la UP pueden pues reunirse en los siguientes términos:

- 1) "Chile es un país capitalista, dependiente del imperialismo dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero, que no pueden resolver los problemas fundamentales del país, los que se derivan precisamente de sus privilegios de clase a los que jamás renunciarán voluntariamente".
- 2) "Más aún, como consecuencia misma del desarrollo del capitalismo mundial, la entrega de la burguesía monopolista nacional al imperialismo aumenta progresivamente, se acentúa cada vez más en su dependencia su papel de socio menor del capital extranjero."
- 3) Esto implica que para "unos pocos, vender a diario un pedazo de Chile es un gran negocio. Decidir por los demás es lo que hacen todos los días.

Para la gran mayoría, en cambio, vender a diario su esfuerzo, su inteligencia y su trabajo es un pésimo negocio, y decidir sobre su propio destino es un derecho del cual, en gran medida, aún están privados".²⁹

- 4) Ante ello, "Chile vive una profunda crisis que se manifiesta en el estancamiento económico y social, en la pobreza generalizada y en las postergaciones de todo orden que sufren los obreros, campesinos y demás capas explotadas, así como en las crecientes dificultades que enfrentan empleados, profesionales, empresarios pequeños y medianos y en las mínimas oportunidades de que disponen la mujer y la juventud".³⁰

²⁹ Unidad Popular, "Programa de Gobierno de la Unidad Popular", en Salvador Allende, *La vía chilena al socialismo*, Madrid, Ed. Fundamentos, 1971, p. 152. (Colección Ciencia, Serie Política.)

³⁰ *Ibid.*, p. 152.

- 5) Por tanto, en "Chile las recetas «reformistas» y «desarrollistas» que impulsó la Alianza para el Progreso e hizo suyas el gobierno de Frei no han logrado alterar nada importante. En lo fundamental ha sido un nuevo gobierno de la burguesía al servicio del capitalismo nacional y extranjero, cuyos débiles intentos de cambio social naufragaron sin pena ni gloria entre el estancamiento económico, la carestía y la represión violenta contra el pueblo. Con esto se ha demostrado, una vez más, que el reformismo es incapaz de resolver los problemas del pueblo".³¹

- 6) Así, el "desarrollo del capitalismo monopolista, niega la ampliación de la democracia y exacerba la violencia antipopular.

El aumento del nivel de lucha del pueblo, a medida que fracasa el reformismo, endurece la posición de los sectores más reaccionarios de las clases dominantes que, en último término, no tienen otro recurso que la fuerza.

Las formas brutales de la violencia del Estado actual, tales como las acciones del Grupo Móvil, el apaleo de campesinos y estudiantes, las matanzas de pobladores y mineros, son inseparables de otras no menos brutales que afectan a todos los chilenos.

Porque violencia es que, junto a quienes poseen viviendas de lujo, una parte importante de la población habite en viviendas insalubres y otros no dispongan siquiera de un sitio; violencia es que mientras algunos botan la comida, otros no tengan cómo alimentarse".³²

- 7) Por otra parte, los "hechos demuestran que la inflación en Chile obedece a causas de fondo relacionadas con la estructura capitalista de nuestra sociedad y no con las alzas de remuneraciones, como han pretendido hacer creer los sucesivos gobiernos para justificar la mantención del sistema y recortar los ingresos de los trabajadores. El gran capitalista, en cambio, se defiende desde la inflación y más aún, se beneficia con ella. Sus propiedades y capitales se valorizan, sus contratos de construcción con el fisco se reajustan, y los precios de sus productos suben llevando siempre la delantera a las alzas de remuneraciones".³³

³¹ *Ibid.*, p. 152.

³² *Ibid.*, p. 153.

³³ *Ibid.*, p. 156.

- 8) Siendo así, la "única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile".³⁴
- 9) Dichas "transformaciones revolucionarias que el país necesita sólo podrán realizarse si el pueblo chileno toma en sus manos el poder y lo ejerce real y efectivamente".³⁵
- 10) Por ello, las "fuerzas populares y revolucionarias no se han unido para luchar por la simple sustitución de un presidente de la República por otro, ni para reemplazar a un partido por otros en el gobierno, sino para llevar a cabo los cambios de fondo que la situación nacional exige sobre la base del traspaso del poder, de los antiguos grupos dominantes a los trabajadores, al campesinado y sectores progresistas de las capas medias de la ciudad y del campo".³⁶
- 11) La explotación imperialista de economías atrasadas como la chilena se efectúa de muchas maneras:
- a) "a través de las inversiones en la minería (cobre, hierro, etcétera) y en la actividad industrial, bancaria y comercial";
 - b) "mediante el control tecnológico que nos obliga a pagar altísimas sumas en equipo, licencias y patentes";
 - c) con "los préstamos norteamericanos en condiciones usurarias que nos imponen gastar en Estados Unidos y con la obligación adicional de transportar en barcos norteamericanos los productos comprados, etcétera";
 - d) arrancando "cuantiosos recursos equivalentes al doble del capital instalado en nuestro país, formado a lo largo de toda su historia";³⁷
 - e) apoderándose de las riquezas naturales;
 - f) controlando el comercio exterior;
 - g) dictando "la política económica por intermedio del Fondo Monetario Internacional y otros organismos";
 - h) dominando "importantes ramas industriales y de servicios";

³⁴ *Ibid.*, p. 157.

³⁵ *Ibid.*, p. 159.

³⁶ *Ibid.*, p. 160.

³⁷ *Ibid.*, p. 153.

- i) gozando "de estatutos de privilegio";
- j) imponiendo "la devaluación monetaria";
- k) imponiendo "la reducción de salarios y sueldos";
- l) distorsionando "la actividad agrícola por la vía de los excedentes agropecuarios";
- m) interviniendo "también en la educación, la cultura y los medios de comunicación";
- n) valiéndose "de convenios militares y políticos [...] [para] penetrar las FF. AA.";
- ñ) intensificando el endeudamiento con el extranjero.³⁸

Indudablemente que, frente a la estrategia desarrollista de la burguesía y el imperialismo, las propuestas del MRR y de la UP constituían dos alternativas bien diferentes para lo que podría entenderse como una estrategia popular y revolucionaria de desarrollo. No obstante que ambas partían de una misma conceptualización de la sociedad chilena («capitalista dependiente») y perseguían el mismo objetivo (el socialismo), sus diferencias radicaban entonces básicamente en la caracterización de la crisis, en la tarea considerada por consiguiente fundamental para el periodo y en cómo realizarla.

Para el MRR, dado el carácter global que le atribuía a la crisis de la «formación capitalista chilena», la tarea fundamental era la «revolución proletaria», la cual se proponía impulsar por una vía «político-militar». Ubicándose, por tanto, categóricamente fuera del contexto capitalista se planteaba su cuestionamiento desde el seno de las masas obreras y populares y a partir de sus intereses de clase, tanto inmediatos como estratégicos, para así, sobre la base de una amplia alianza social y política, de carácter clasista y encabezada por el proletariado, ir construyendo las fuerzas sociales revolucionarias que habría de derribar la dominación burguesa, de destruir el capitalismo y de construir la nueva sociedad socialista.

En cambio, la Unidad Popular, al entender la crisis, no como del sistema de dominación en su conjunto, sino más bien de insuficiencia y distorsión en el desarrollo de las fuerzas productivas, por la presencia y acción del imperialismo y los monopolios, los latifundios, levantaba, por tanto, como tarea fundamental "terminar con el dominio" de ellos para luego "iniciar la construcción del socialismo en Chile". En esta perspectiva, proponía una vía dentro de la legalidad

³⁸ *Ibid.*, p. 154.

burguesa,³⁹ cuyo punto de partida consistía en ganar las elecciones presidenciales, constituirse en gobierno y desde allí ejecutar las transformaciones económicas que permitiesen corregir e impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas, eliminando o neutralizando sus insuficiencias y distorsiones. Así al

avanzarse en estas tareas, seguirían superando la crisis y sus efectos regresivos en las condiciones de vida de las masas, lo que permitiría al gobierno acumular fuerzas y disponer de un respaldo social y político creciente. Con él, quedaría en condiciones de comenzar a reajustar las relaciones de producción de acuerdo a la nueva situación de las fuerzas productivas. Para esto, una correlación electoral de fuerzas cada vez más favorable le posibilitaría iniciar la transformación socialista de la sociedad copando progresivamente el aparato estatal con representantes elegidos por las fuerzas obreras y populares, y alterando con ello el contenido de clase de su práctica. De esta forma se iría cambiando el carácter de clase del Estado burgués chileno a través de un proceso gradual, progresivo, pacífico y sin rupturas [...]⁴⁰

El triunfo en las elecciones presidenciales y luego su acceso al gobierno significaron para la Unidad Popular una mayoritaria legitimación de su estrategia en el seno del movimiento de masas. Pero la intensificación de la lucha de clases, los crecientes problemas que

³⁹ "No está en la destrucción, en la quiebra violenta del aparato estatal, el camino que la revolución chilena tiene por delante. El camino que el pueblo chileno ha abierto, él mismo, a lo largo de varias generaciones de lucha, le lleva en estos momentos a aprovechar las condiciones creadas por nuestra historia para *reemplazar* el vigente régimen institucional, de fundamento capitalista, por otro distinto, que se adecúe a la nueva realidad social de Chile. Se trata, así, de transformar el aparato burocrático, el aparato del Estado, como totalidad, la propia Carta Fundamental, en su sentido de clase y, también, en sus manifestaciones institucionales individualmente consideradas. Lo hemos dicho durante muchos años, está escrito en el Programa de Gobierno de la Unidad Popular y lo estamos llevando a cabo." Salvador Allende, "La vía chilena al socialismo y el aparato del Estado actual. Informe al Pleno Nacional del Partido Socialista. El Algarrobo, 18 de marzo de 1972", en *Su pensamiento político*. Santiago, Chile, Empresa Editora Nacional Quimantú. Reedición en Buenos Aires, Granica Editor, 1973, p. 302. (Subrayado en el original.)

⁴⁰ Fernando Rosa Neubauer, "Participación y poder popular", en Alonzo Aguilar, Alvaro Briones y otros, *El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile*, México, IIEC-UNAM, 1976, p. 291. Cuadernos del Seminario de Teoría del Desarrollo, núm. 3.

fue enfrentando el régimen de Allende y sus cada vez mayores dificultades para resolverlos, fueron poniendo asimismo en entredicho dicha estrategia y de alguna forma reivindicando la del MIR. Así, el golpe de Estado en septiembre de 1973 y la consiguiente derrota de las fuerzas obreras y populares representaron para la UP y su política el cuestionamiento más contundente y definitivo.

Mas, por su parte, el MIR tampoco logró revertir la situación. Los plazos políticos se habían precipitado, resultando demasiado breves para culminar con posibilidades de éxito la implementación de una estrategia que requería todavía de un largo periodo de maduración.⁴¹

La crítica y autocrítica al fracaso de la «vía chilena»

El proceso crítico y autocrítico respecto de la derrota de las fuerzas populares y revolucionarias asumió una connotación marcadamente subjetiva durante el transcurso de los años 1973-1976. Y era lógico que así fuera, ya que se hacía necesario precisar responsabilidades tanto entre las direcciones políticas de los partidos como en el ámbito del quehacer teórico.

Es así como dicho proceso adquirió modalidades bien diversas: desde las menos autocríticas y serias, que intentaron inculpar de lo acontecido a quienes no tuvieron responsabilidad global ni directa en la conducción, pasando por las que centraron o agotaron sus explicaciones en la intervención imperialista, hasta otras que hicieron la reflexión de la política y experiencia UP, pero atendiendo más bien a

⁴¹ "Nuestra respuesta no fue la esperada, pero nuestra apreciación es que hicimos todo lo que las condiciones objetivas permitían. Tres cuestiones debilitaron enormemente nuestra capacidad de respuesta: el estado de ánimo de las masas y de la tropa después de semanas de inicio de la capitulación del gobierno, la sorpresa y la poca resistencia del gobierno y de la UP, que era el tiempo orgánico con que contábamos para constituir nuestra fuerza [...]"

"A pesar de todo ello, para los escasos recursos con que contamos, la inesperienza combativa de nuestros cuadros y las condiciones objetivas que se dieron, creemos que hicimos mucho."

"En lo fundamental perdimos la batalla antes, cuando no fuimos capaces de desplazar al reformismo en la conducción del movimiento de masas. Y éste, con su política, desconcertó, dividió y desarmó a la clase obrera y al pueblo, fuerza militar fundamental de nuestra táctica. No podíamos en horas, en el terreno militar, recuperar el terreno político que no fuimos capaces de conquistar entre las masas los meses anteriores." MIR, "La táctica del MIR en el actual periodo", en *Correo de la Resistencia* (edición especial), s/n, MIR, sept., 1974, pp. 34-35.

ciertos aspectos parciales, como el de la pequeña burguesía, el jurídico-institucional, militar, político, internacional, etcétera.

Sin duda que la existencia de dos estrategias distintas durante el periodo de UP, por mucho que una de ellas fuera indiscutiblemente la hegemónica, le restó eficacia política al gobierno de Salvador Allende, más aún cuando las contradicciones entre ambas se fueron reproduciendo también al interior mismo de la Unidad Popular, experimentando ésta una cierta polarización en sus partidos, proceso que se fue acentuando visiblemente desde marzo de 1973 y que se hizo públicamente notorio con la división del MAPU.⁴²

Asimismo, la evidente y descarada intervención imperialista en el sabotaje y derrocamiento del régimen de la Unidad Popular, constituyó un escándalo internacional que ya nadie pone en discusión y que hasta fue confesado públicamente por funcionarios de la propia CIA y el Pentágono en las investigaciones que realizó el Senado norteamericano, ante la indignación de la opinión pública mundial y de dicho país.

Por último, es igualmente cierto que la UP enfrentó durante su gestión gubernamental innumerables problemas tácticos que no resolvió adecuadamente, ni en su oportunidad ni en términos del objetivo estratégico que se proponía, con lo que contribuyó, en parte, a frustrar tal objetivo por su propia cuenta.

No es el propósito entrar aquí a detallar este tipo de discusiones bastante conocidas por todos y relativamente recientes para el quehacer científico-social y político latinoamericano, y a las que este mismo Seminario de Teoría del Desarrollo hizo un valioso aporte con los debates que llevó a cabo entre los meses de octubre de 1974 y marzo de 1975.⁴³ Sin embargo, a la luz de lo expuesto, resulta pues pertinente y de mayor relevancia preguntarse hasta qué punto la estrategia UP implicaba o no, verdaderamente, una ruptura con el desarrollismo.

Se veía en el acápite anterior que el pensamiento desarrollista intentaba explicar el subdesarrollo en América Latina a partir de ciertas estructuras que consideraba críticas para el desarrollo del capitalismo. Es así como ante la crisis capitalista mundial de los años 30 planteó enfrentarla por la vía de un impulso a los mercados internos y es en relación a este objetivo que entendía a la dependencia como un fenómeno de carácter externo, determinado básicamente por los obstáculos que, desde fuera de las economías latinoamericanas, su-

puestamente dificultaban y retardaban la construcción de un soñado capitalismo nacional y relativamente autónomo, que esperaba ilusoriamente ver surgir como resultado del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones.

Ahora bien, está claro que para la Unidad Popular la cuestión de la dependencia era entendida como un fenómeno interno, es decir, de carácter estructural. A este nivel general, por lo menos, la interpretación global aparece como correcta. Pero la superación de las concepciones desarrollistas no termina aquí. Tan sólo se trata de un punto de partida. Se hace necesario constatar además qué se entiende por dependencia estructural y cómo se la concibe concretamente en su articulación al proceso de acumulación capitalista. Y la duda surge cuando en el programa UP, partiéndose de una caracterización estructural sobre la crisis del capitalismo dependiente chileno, se concluía en que «la tarea fundamental» consistiría en «terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile», lo que implicaba, de hecho, atribuir implícitamente al dominio de tales elementos connotación de causalidad respecto a la crisis. Vale decir, se la interpretaba también a partir de la existencia de ciertas estructuras consideradas críticas, aunque esta vez no fuera sino que dentro de la economía. A su vez, la eliminación de dichas estructuras permitiría ir resolviendo la crisis capitalista chilena a través de un proceso de continuidad que daría lugar a la superación del propio capitalismo y, por ende, al surgimiento del socialismo.

¿No constituía acaso ésta una nueva concepción desarrollista, más elaborada que la tradicional y que continuaba reproduciendo el mismo tipo de relación lógico-formal de causalidad para explicar la dependencia y la crisis en Chile? En efecto, pareciera ser que así era, ya que entre la conceptualización de «dependencia externa» del desarrollismo y esta especie de «dependencia interna» en que incurría la estrategia UP no habría más que una ruptura formal (desplazamiento mecánico de la explicación causal hacia dentro y una pretendida solución socialista), subsistiendo por tanto en lo esencial una continuidad de carácter teórico-metodológico.

¿Era posible resolver por esta vía la crisis chilena e iniciar, a su vez la construcción del socialismo? Por supuesto que los hechos fueron lo suficientemente contundentes como para demostrar que no. En primer lugar, porque no hay posibilidad real alguna de superar la crisis del capitalismo dependiente dentro de los marcos del mismo capitalismo, por mucho que tal superación se intente en términos socialistas. Sólo podrá haber un desarrollo relativo dentro de la crisis per-

⁴² Movimiento de Acción Popular Unitaria, partido integrante de la UP, fundado por sectores que se marginaron de la Democracia Cristiana en 1968.

⁴³ Cf. Alonso Aguilar, Álvaro Briones y otros, *El gobierno...*, p. 335.

manente del subdesarrollo. En esta perspectiva y un segundo lugar, porque plantearse así al socialismo como objetivo no viene a ser más que un recurso formal y declarativo, cuando no se considera de por medio la resolución del problema fundamental, vale decir, la toma del poder por el proletariado y sus aliados, la única fuerza social capaz de concretar con éxito la transición del capitalismo al socialismo. Y en la estrategia UP, por el contrario, su originalidad consistía en que las transformaciones económicas abrirían paso a los cambios políticos, pues se esperaba que, al irse resolviendo la crisis, mejorarían gradual y progresivamente las condiciones de vida de las masas, lo que se traduciría en una ampliación de la base social de apoyo de la Unidad Popular y el gobierno, en una correlación de fuerzas políticamente cada vez más favorable para ir legislando desde el parlamento la construcción del nuevo Estado socialista.

¿Qué pasó en definitiva con la estrategia UP? Pues que los resultados fueron totalmente contrarios a los esperados. Aunque hubo inicialmente un pequeño desbloqueo y desarrollo de corto plazo en las fuerzas productivas, rápidamente se impuso la tendencia estructural de fondo de la acumulación capitalista dependiente y la crisis económica se disparó a niveles hasta entonces desconocidos en Chile, desarticulándose casi en su totalidad los procesos de producción y circulación, y, por tanto, no sólo la acumulación capitalista sino, en no pocos casos, hasta la propia reproducción global del capital social. Esta situación, al ser prevista anticipadamente por la burguesía y el imperialismo les permitió hacer de la lucha económica el eje de su estrategia contrarrevolucionaria y acumular socialmente fuerzas capitalizando para sus objetivos el descontento que el desabastecimiento, el acaparamiento, la especulación y el mercado negro provocaban entre la pequeña burguesía y demás sectores retrasados del movimiento de masas. Era tan grande la discordancia entre los propósitos y los resultados en el último periodo de la política UP al respecto que, a modo de anécdota, baste recordar aquí que muchos empresarios llegaron incluso a creer que se trataba de una maquiavélica estratagema de la Unidad Popular para llevar al país a una quiebra económica de tales proporciones cuyo final no tuviere otra alternativa más que la de construir el socialismo sobre los escombros y cenizas del capitalismo:

Sin embargo, el neodesarrollismo de la estrategia UP, en vez de resolver la crisis capitalista no hizo más que agravarla y lo que sobrevino no fue el socialismo sino la contrarrevolución burguesa e imperialista.

La crisis capitalista mundial y la contrarrevolución burguesa e imperialista en América Latina

Necesarias en una fase inicial de reflexión, la crítica y la autocrítica no bastaban para precisar el alcance real de la crisis contrarrevolucionaria desatada en Chile. Había que ir más a fondo. Era importante analizar procesos históricos que entrañaban algunas semejanzas, como es el caso del nazifascismo europeo. Asimilar mejor las experiencias más recientes de América Latina, la mayoría de las cuales venían apuntando también en un sentido más o menos parecido (Brasil, Perú, Bolivia, Uruguay, Argentina, Colombia, etcétera). En concreto, entender estructuralmente las diferentes fases coyunturales de la contrarrevolución burguesa e imperialista no sólo en Chile sino también en los restantes países de la región, en tanto expresión de una nueva crisis prolongada del capitalismo a escala mundial y, a su vez, en las diversas repercusiones que éste implica para América Latina.

Constituye pues éste el momento actual del quehacer científico-social chileno, del cual han estado surgiendo últimamente algunas contribuciones para una comprensión más integral de la formación social latinoamericana en la presente fase imperialista.⁴⁴ Se trata, no obstante, de estudios aún insuficientes, a los que les falta, por supuesto, un largo trecho de elaboración teórica y de comprobación empírica por recorrer.

Respecto a este esfuerzo para comprender en términos más objetivos, globales y profundos la contrarrevolución burguesa e imperialista tanto en Chile como en América Latina, cabe pues destacar y puntualizar lo siguiente:

- I. La situación económica actual de América Latina es más bien de estancamiento relativo que de recuperación de la crisis. Desde la fuerte caída de la tasa de crecimiento del producto interno bruto (PIB) en 1975, cuando llegó a 3.1 por ciento, éste ha venido creciendo a porcentajes levemente superiores

⁴⁴ Para una visión general sobre las contribuciones más importantes al respecto, véase la selección bibliográfica preparada por el autor de esta ponencia dentro de los trabajos internos del Seminario de Teoría del Desarrollo, que ha servido de base al presente trabajo, *Aportes realizados en la década de los 70 por autores y organizaciones de Chile al estudio de la formación social latinoamericana en las condiciones de la actual fase imperialista*, México, agosto de 1978, 20 p. (inédito).

pero muy por debajo de los alcanzados entre los años 1969-1974, manifestándose la tendencia no sólo a una baja tasa de crecimiento en el reciente periodo 1976-1978 sino que además a una disminución, con un 4.5 por ciento en 1976, un 4.4 en 1977 y un 4.1 estimada para 1978.

AMÉRICA LATINA

EVOLUCIÓN DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO^a

(Tasas anuales de crecimiento)

Años	%
1969	7.1
1970	6.9
1971	6.7
1972	6.9
1973	8.5
1974	7.1
1975	3.1
1976	4.5
1977	4.4
1978	4.1 ^b

FUENTE: CEPAL, sobre la base de estadísticas oficiales.

^a De 19 países, sin incluir los de habla inglesa del Caribe.

^b Estimación preliminar sujeta a revisión.

En 1976, la situación más crítica la experimentaron Argentina (con -3.0 de crecimiento en el PIB, vale decir, con una disminución de 3.0 por ciento), México (con un escaso aumento del 1.8 por ciento, muy por debajo del promedio 6.2 registrado entre los años 1970-74), Uruguay (con 2.6) y Perú (con 3.0). En cambio, destacaron, por sus altas tasas de crecimiento, Brasil (9.2), Ecuador (8.0) y Honduras (8.0). En 1977, la economía peruana continuó su caída (con una disminución de -1.0 por ciento en su PIB) y encabezó a los países con mayor crisis en la región. Le siguieron Haití (con un escaso crecimiento de 1.3 por ciento), Panamá (con un 2.5) y México (con un 2.8). Por el contrario, las economías de mayor crecimiento durante dicho año fueron las de Paraguay (con un 11.7 por ciento de aumento en el PIB), Chile (con un 8.6) y Guatemala (con un 8.5). Para 1978 se considera a Argentina

como el país que experimentó la más grave situación económica, con una baja de 3 por ciento en su producto. Luego vienen Nicaragua y Perú, también con tasas negativas de crecimiento. Entre los países que lograron una mejora notable de sus economías se encuentran México y Colombia. El primero, por el auge de su producción petrolera y una recuperación de su actividad industrial. El segundo, por buenos resultados en la agricultura y la manufactura.

II. En relación a principios de la presente década, el proceso inflacionario sigue siendo bastante alto y con una tendencia a ir disminuyendo en forma relativamente lenta. Luego del máximo de 63.4 por ciento alcanzado en 1976, bajó a 41.8 en 1977 y se estima en un 39.9 para 1978.

AMÉRICA LATINA

VARIACIÓN PROMEDIO DE LOS PRECIOS AL CONSUMIDOR

Años	%
1970	12.1
1971	13.3
1972	21.3
1973	36.5
1974	41.2
1975	60.1
1976	63.4
1977	41.8
1978	39.9 ^a

FUENTE: CEPAL, sobre la base de datos del FMI y de estadísticas oficiales.

^a Estimación preliminar sujeta a revisión.

Argentina, Chile y Uruguay son los países con mayor inflación en la región. En 1973, Chile llegó a la altísima tasa de 507.7 por ciento, la máxima alcanzada durante este decenio, mientras que Argentina tuvo su nivel más crítico en 1976, con un 347.1 por ciento, y Uruguay el suyo en 1974, con un 107.2.

En 1978 destacaron los avances antinflacionarios de Chile y Uruguay, logrando Chile, por primera vez en la década, quedar por debajo del promedio regional, con un 31 por ciento. En cambio, Argentina registró una nueva aceleración de su

proceso inflacionario al llegar, según cifras oficiales, al 169.8 por ciento, considerado el más alto del mundo para el año pasado.

Cabe destacar que, de acuerdo a estimaciones del Fondo Monetario Internacional, la inflación latinoamericana es casi seis veces mayor a la de los países capitalistas desarrollados, para los cuales se calcula una tasa media aproximada de 7 por ciento en 1978.

III. A diferencia de crisis anteriores, la actual está caracterizada por una tendencia al estancamiento acompañada de altos niveles inflacionarios, por lo que se ha dado en denominarla «estanflación».

Tradicionalmente, la inflación se había venido presentando como un fenómeno estrechamente vinculado al crecimiento económico, y que por esta vía el capital monopólico obtiene una transferencia adicional de plusvalía. Sin embargo, en la actualidad, la crisis y el estancamiento se han hecho presentes con fuerza no obstante la persistencia e intensificación del proceso inflacionario.

El estancamiento con inflación, la desocupación, la reactivación del movimiento de masas, la crisis del sistema monetario mundial, el resurgimiento del proteccionismo en las relaciones económicas internacionales y de las pugnas interimperialistas se han constituido pues en los rasgos más distintivos de la presente crisis. Y ello porque se asiste a un creciente agotamiento relativo en los niveles de productividad de las economías imperialistas, que ha puesto en cuestión el proceso mismo de reproducción del capital a escala mundial. Por ejemplo, para 1978, se estima que Estados Unidos, cuya economía compromete al sistema capitalista en su conjunto, tendrá una disminución en su productividad de aproximadamente 1.5 por ciento.

Ante esta nueva gran crisis global del capitalismo, sólo comparable por su magnitud histórica con las de los años 1873-1895 y con las del periodo comprendido entre las dos guerras mundiales, el capital imperialista ha emprendido un reordenamiento en la división internacional del trabajo con el que pretende recuperar su rentabilidad. En efecto, a la vez que impulsa en las economías centrales el desarrollo de aquellos rubros productivos que requieren de los más avanzados descubrimientos científicos y tecnológicos, transfiere hacia las economías dependientes aquellas actividades económicas que han experimentado

un agotamiento en sus niveles de productividad, a fin de recuperar para dichos capitales sus tasas de ganancias mediante la intensificación de la superexplotación a que se encuentra sometida la fuerza de trabajo en los países capitalistas dependientes.

Por consiguiente, desde una perspectiva general, la tendencia de estos últimos años al estancamiento de la economía latinoamericana con persistencia del fenómeno inflacionario es producto de esta crisis prolongada del capitalismo a escala mundial y de las profundas reestructuraciones económicas y políticas que viene impulsando el capital imperialista en la región. Vale decir, América Latina vive, en términos globales, una situación de doble crisis; por una parte, las repercusiones de la crisis capitalista mundial, por otra, los efectos de una crisis que ha provocado el gran capital nacional y extranjero en su afán por imponer la reconversión de los aparatos productivos y lograr así la rearticulación de las economías del continente al nuevo esquema de división internacional del trabajo.

IV. Pero la actual crisis del capitalismo latinoamericano obedece también al desarrollo de sus propias contradicciones. Es así como a partir de mediados de los años 60 comienza a manifestarse en las economías de la región un agotamiento en los procesos de reproducción del capital y una caída en las tasas de ganancia, a la vez que un acelerado deterioro en la relación entre producción y consumo, en base a una progresiva exclusión de las masas populares del mercado interno.

Lo anterior se traduce en una explosiva activación de la lucha de clases, a lo que contribuye asimismo el triunfo del proceso revolucionario cubano. La intensificación de las disputas interburguesas y un movimiento de masas en ascenso, que va poniendo en cuestión la esencia misma de la acumulación capitalista dependiente, vale decir, la superexplotación de los trabajadores, inciden significativamente precipitando la crisis al producirse desajustes adicionales en los aparatos productivos y obstrucciones en los procesos de acumulación. En muchos países del continente, particularmente en los del Cono Sur, la crisis económica se extiende rápidamente al sistema de dominación en su conjunto llegándose incluso hasta la emergencia de regímenes de orientación popular sustentados por amplias movilizaciones de masas.

Coincidente con este periodo en América Latina, la crisis también irrumpe en el panorama internacional mientras el imperialismo norteamericano sufre severas derrotas a manos de las fuerzas revolucionarias en el sudeste asiático y África. De esta forma, para enfrentar la crisis latinoamericana, Estados Unidos pone en tensión su estrategia de contrainsurgencia, planeada y en operaciones preventivas desde hacía varios años. Su aplicación se traduce en una política contrarrevolucionaria global para la región con los objetivos de desarticular y contener el avance del movimiento de masas, recomponer al sistema de dominación y resolver el agotamiento de la acumulación capitalista dependiente que hasta entonces se había fincado predominantemente en un esquema sustitutivo de importaciones asociado al capital imperialista.

El carácter necesariamente represivo y antipopular de dicha política está expresa en la acelerada militarización de los Estados latinoamericanos e, incluso, en sucesivos golpes de Estado que dan origen a regímenes propiamente militares.

V. La política económica de la contrarrevolución pasa a asumir así tres tipos de tareas fundamentales:

- 1) restituir la participación burguesa en la economía;
- 2) redefinir en el seno de las clases dominantes la fracción dirigente del nuevo modelo de reproducción del capital;
- 3) reestructurar el aparato productivo.

Impulsada esta política por el imperialismo norteamericano y sus aliados principalmente a través del FMI en lo que respecta a las medidas de corto y mediano plazo, y por medio del Banco Mundial, el BID y otros organismos financieros oficiales y privados en sus objetivos estructurales de largo aliento, estos tres órdenes de tareas adquieren en ella diferentes modalidades de implementación en cada país, de acuerdo a los niveles de extensión y profundidad alcanzados por la crisis en las diversas economías y a los grados de agudización de la lucha de clase. Por ejemplo, en Chile, la debilidad histórica del capitalismo, la magnitud de su crisis y de la polarización de las contradicciones de clase se traducen en un proceso contrarrevolucionario que asume con particular rigor estos tres grandes objetivos de la política económica imperialista. Una situación relativamente similar se da en Bolivia, Uruguay, Argentina y

Perú, aunque menos definida en sus plazos políticos. Por su parte, Brasil, decano en este proceso, al iniciarlo en un momento de menores dificultades para el capitalismo y disponer de un mercado interno mucho más amplio y diversificado, puede concretar tal política con mayores márgenes de maniobra y ventajas que las restantes naciones latinoamericanas. En México, Venezuela y Colombia, donde la crisis no llega a comprometer al sistema de dominación en su conjunto y las burguesías mantienen su capacidad de asegurarlo, se hace posible implementar la nueva política económica en un proceso de continuidad con las anteriores que permite mucho mayor flexibilidad, incluso hasta en las relaciones de clase, dándose casos como el de México con una capacidad bastante amplia por parte del Estado en la dominación y control del movimiento de masas.

VI. La restitución de la participación burguesa en la economía se expresa fundamentalmente en una redistribución regresiva del ingreso, es decir, se inicia un proceso de significativas reducciones en la participación de los asalariados en el producto, agudizándose aún más el divorcio entre la producción y las necesidades de consumo de las masas.

Para lograrlo, en la mayoría de los países se implementa una política de contención salarial y de reajustes de precios. Dichos reajustes se justifican con la argumentación de que se trata de nivelarlos a sus costos reales, lo que significa la restricción o retiro del subsidio estatal a muchos productos, particularmente a los de consumo popular básico, que experimentan alzas espectaculares.

En aquellos países, como Chile, Perú y Argentina, donde las luchas y reivindicaciones del movimiento de masas trascienden la esfera de la circulación y penetran en la producción, forzando al Estado con medidas expropiatorias y nacionalizaciones de ciertas empresas, la restitución de la participación de las clases dominantes en la economía adquiere las proporciones de una verdadera restauración burguesa con masivas reprivatizaciones de empresas productivas, comerciales y financieras, bancos, predios agrícolas e inusitadas facilidades al capital extranjero.

Todas estas medidas apuntan a dos objetivos fundamentales: reafirmar en el plano económico la correlación de fuerzas del conjunto de la burguesía en cuanto clase e intensificar la superexplotación de las masas trabajadoras por la vía de un

abaratamiento forzoso de la fuerza de trabajo, para lo cual se reprimen también violentamente las actividades sindicales. Respecto a este segundo objetivo, destacan los casos de Argentina y Chile. En Argentina, se estima que el proletariado perdió, tan sólo durante 1977, alrededor de 5 mil 400 millones de dólares en su poder adquisitivo, mientras que en Chile, con una cantidad mucho menor de trabajadores, se calcula que dicha pérdida asciende a los 8 mil millones de dólares para el periodo 1973-1977.

VII. La definición de las fracciones burguesas llamadas a dirigir y hegemonizar el proceso surge de la implementación de las políticas «estabilizadoras» impulsadas con insistencia por el FMI en la región. Basadas dichas políticas en las concepciones monetaristas de Milton Friedman y su «escuela de Chicago», sus medidas antinflacionarias, de contracción de la demanda interna por la vía de reducir el gasto público y contener los salarios, provocan la necesaria recesión requerida por el gran capital en los mercados internos para proceder a una intensa centralización y concentración de capitales. Con ritmos de intensidad diversos, se asiste así, en casi todos los países, a un amplio proceso de redistribución de capitales a manos de las fracciones monopólicas ligadas al gran capital financiero nacional y extranjero, proceso que da lugar a sucesivas quiebras y absorciones de empresas productivas, comerciales y financieras.

Por otra parte, el acelerado endeudamiento externo de América Latina y especial dinamismo que presentan los mercados de capitales tienen de trasfondo la progresiva hegemonía del capital financiero en el nuevo modelo de reproducción del capital. En efecto, durante la última década la deuda externa de la región se ha cuadruplicado hasta sobrepasar los 40 mil millones de dólares sólo con bancos comerciales, estimándose la cifra global para 1977 en 98 mil millones de dólares, es decir, en alrededor del 40 por ciento de toda la deuda contraída por los países capitalistas dependientes, que llegó en ese mismo año a los 250 mil millones de dólares.

Así, en apenas siete años, América Latina ha experimentado un espectacular aumento de aproximadamente 366 por ciento en su deuda externa global. Los mayores deudores son Brasil, México y Argentina, cuya deuda conjunta suma 60 mil millones de dólares, el 61 por ciento de la deuda total de la región. A su vez, México y Brasil son los mayores deudores del

continente con respecto a la banca norteamericana, ocupando mundialmente el correspondiente tercer y cuarto lugar, tras Gran Bretaña y Japón. De un total de 164 mil 210 millones de dólares prestados por dicha banca a 1977, México y Brasil participan con 11 mil 300 y 10 mil 600 millones de dólares, respectivamente, lo que implica una participación conjunta del orden de 13 por ciento.

AMÉRICA LATINA
DEUDA EXTERNA GLOBAL
(Millones de dólares)

Años	Montos	Incremento (Base: 1970) %
1970	21 000	
1971	24 000	14
1972	30 000	43
1973	36 000	71
1974	47 000	124
1975	58 000	176
1976	70 000	233
1977	98 000	366

FUENTE: Estimaciones sobre la base de datos del Banco Mundial, BID, BIRF y de cifras oficiales de los gobiernos latinoamericanos.

En consecuencia, el hecho de que los mayores deudores de la región sean asimismo los países de mayor desarrollo económico relativo, con la más alta participación en el producto latinoamericano (en términos aproximados, Brasil con un 32 por ciento, México con un 25 y Argentina con un 13, llegando conjuntamente los tres a alrededor del 70 por ciento), evidencia el carácter hegemónico que ha ido asumiendo el capital financiero en América Latina a través de un proceso de reproducción del capital en el que endeudamiento y crecimiento económico constituyen dos caras de una misma moneda.

VIII. La reestructuración del aparato productivo latinoamericano constituye para el capital imperialista un aspecto importante de su estrategia anticrisis. La transferencia a la región de aque-

Los rubros productivos que han llegado a bajos niveles de productividad en las economías centrales permite que la tendencia decreciente en las tasas de ganancia de dichos capitales pueda ser compensada con las cuotas adicionales de plusvalía que la intensificación de la superexplotación de la fuerza de trabajo posibilita lograr; ello, sobre la base del abaratamiento forzoso de la mano de obra, obtenido por el ejercicio de la represión sobre el movimiento de masas.

Esta reestructuración busca implantar un cierto grado de especialización en las economías latinoamericanas. Vale decir, se trata de lograr que su participación en el mercado mundial capitalista sólo se realice a través de aquellos rubros de exportación cuya producción presente altos niveles de competitividad internacional, determinados por las ventajas comparativas de que cada país disponga para desarrollarlos.

El comportamiento del producto en 1977, cuando ya la reestructuración está llevándose a cabo en la mayoría de los países, permite ir visualizando sus principales tendencias.

Así, según CEPAL, destacan los aumentos de alrededor del 5.5 por ciento en la agricultura, la minería y la construcción, superiores al promedio general, que fue de 4.4 por ciento. Los servicios experimentan un crecimiento aún mayor, con un 6.6 por ciento; en cambio, la industria manufacturera registra la más baja tasa, con un 3.5.

Al porcentaje de 5.3 con que creció la actividad agropecuaria, que prácticamente triplicó al de 1976, contribuyeron significativamente Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y México, que logró recuperar parcialmente su baja del año anterior.

A su vez, en la minería fueron Perú y México los países de mayor actividad, llegando a generar la minería mexicana cerca del 30 por ciento del producto minero latinoamericano. En cambio en Chile dicho producto se expandió a un ritmo mucho menor que el habitual.

La baja en el crecimiento de la industria manufacturera estuvo determinada por la brusca caída de Brasil que, luego de aumentar en más de 10 por ciento en 1976, durante 1977 sólo llegó al 2 por ciento. Tanto por la magnitud de esta baja como por la alta participación brasileña en dicho rubro productivo, los aumentos parciales que obtuvieron Argentina y México en el sector no alcanzaron a contrarrestar la caída de Brasil en el promedio general. Sin embargo, contrariamente al débil crecimiento industrial de Brasil, Argentina y México, y a

la disminución experimentada por Perú, la producción manufacturera subió intensamente en la mayoría de las economías centroamericanas, alcanzando en Guatemala y Honduras, por segundo año consecutivo, un crecimiento de alrededor de 11 por ciento, y en Costa Rica, un porcentaje similar para 1977, luego de un 6 por ciento en 1976. No obstante, la mayor expansión industrial la presentaron Ecuador que, por 5 años, aumentó a una tasa media anual de 14 por ciento, y Venezuela, con una actividad industrial que ha crecido aproximadamente en un 50 por ciento en los últimos años.

En la expansión de la construcción en América Latina contribuyeron significativamente Paraguay (con un 32 por ciento, debido al impulso que le ha reportado la construcción de la represa de Itaipú), Guatemala (18), Venezuela (17) y Brasil.

El desarrollo de los servicios fue bastante alto en países petroleros como Venezuela, Ecuador, Bolivia y Trinidad Tobago, en la mayoría de los centroamericanos y en Paraguay, siendo normal en los restantes, con excepción de Panamá y Haití.

Por otra parte, adquirió especial importancia durante 1978 la producción siderúrgica que, en los meses de enero a julio, tuvo un 8.2 por ciento de aumento en relación a igual período de 1977. Destacan las tasas de crecimiento de México (23.6 por ciento), Chile (14.1), Colombia (12.8), Centroamérica (12.5), Brasil (10.6) y Ecuador (7.9). En cambio, Venezuela, Uruguay, Argentina y Perú experimentaron disminuciones en tal actividad de tasas de -16.9, -15.8, -15.8, -15.6 y -7.6 por ciento, respectivamente.

Según cifras preliminares proporcionadas por los propios países, la industria manufacturera ha presentado durante 1978 una recuperación significativa en México y Brasil, siendo que en este último el crecimiento estuvo determinado de manera importante por el comportamiento de la industria automotriz. Ello contrasta con la situación de Argentina, en donde el año pasado la General Motors anunció el cese de su producción, al tiempo que la FIAT daba a conocer también la transferencia de su polo automotriz en Latinoamérica hacia Brasil.

IX. Es posible concluir, en suma, que la crisis por la que atraviesa actualmente América Latina es simultáneamente coyuntural y estructural. A la vez que expresa la fase depresiva del ciclo

económico, que se corresponde *grosso modo* con el movimiento cíclico de la economía capitalista mundial, la crisis representa también el agotamiento de un patrón de reproducción del capital, que se basaba en lo esencial en la exportación de algunos productos tradicionales y en la industrialización sustitutiva de importaciones para el mercado interno, y el paso a un patrón distinto, cuyo rasgo distintivo es la especialización productiva, tanto en el plano de la producción de materias primas y alimentos como en el de la industria manufacturera, en función de las exigencias del mercado mundial, lo que implica la supeditación y aún, en una amplia medida, la eliminación progresiva de la producción para el mercado interno. Ello corresponde a la acentuación de la integración del gran capital nacional al capital internacional, principalmente por la vía del capital financiero y con la presencia activa en ese proceso del Estado nacional. La especialización productiva y la participación en la nueva división del trabajo, por un lado, así como la interpenetración creciente del capital nacional e internacional, público y privado, por el otro, no son, pues, sino la expresión concreta de la culminación de la fase de la integración imperialista de los sistemas de producción, que se inició tras la segunda guerra mundial, en lo que a la región se refiere. En su conjunto, el proceso implica una redefinición de la división regional del trabajo (como la que se hizo notar respecto a la industria automotriz, la cual, en el Cono Sur, tras ser liquidada en Chile, comienza a serlo también en Argentina, reservándose al parecer únicamente a Brasil); que acarrea cambios en las relaciones internacionales entre los países latinoamericanos, lo que se manifiesta en la agudización de pugnas entre ellos, para obtener mejores posiciones en el reparto mundial de riqueza y poder, y en el reforzamiento de las tendencias subimperialistas por parte de algunos de ellos.

En el plano interno, la crisis estructural conlleva la readecuación de los bloques dominantes, con la afirmación de las fracciones monopólicas y el creciente predominio del capital financiero en su seno, así como el desplazamiento de fracciones del gran capital y una mayor supeditación de la burguesía mediana y pequeña; todo ello conduce a la acentuación de la lucha política interburguesa, por la importancia que el control o por lo menos la influencia sobre el Estado cobra para las partes en pugna. La crisis estructural implica también la necesidad de reforzar la dominación sobre la clase obrera, para mantener

la superexplotación del trabajo, como condición para competir en el plano regional e internacional, tanto en lo que se refiere a la atracción de capitales como en lo que respecta a la conquista de mercados; sin embargo, las relaciones con la clase obrera presentan dos elementos particulares: primero, el hecho de que ésta ha adquirido una mayor capacidad de reforzamiento de la dominación no pueda basarse en el mero ejercicio de la fuerza y más bien imponga la búsqueda de fórmulas que la disfracen e intenten legitimarla; segundo, el que la superexplotación, unida a la modernización tecnológica necesaria a la especialización productiva y la competitividad internacional, acentúa la tendencia al crecimiento del ejército industrial de reserva, lo que asume ya características alarmantes en la región, una vez que el desempleo abierto y disfrazado alcanza cifras que se acercan, y en ciertos casos rebasan, a la mitad de la fuerza de trabajo. Ello se combina con la aceleración del proceso de proletarianización de las masas campesinas y de la pequeña burguesía urbana, al paso que la pequeña burguesía no propietaria de las ciudades, en particular la asalariada, sufre la acción de la política anticíclica que practican los gobiernos burgueses y pierde posiciones en los reacomodos que se van produciendo al interior de los sistemas de dominación.

En su conjunto, esta situación augura la agudización de las contradicciones sociales y el consecuente desarrollo de la lucha de clases en toda América Latina, lo que puede llevar a que la presente crisis estructural se traduzca en la emergencia de movimientos revolucionarios bajo dirección obrera, pero de amplia base social, capaces de convertir la transición a un nuevo patrón de reproducción del capital en el desencadenamiento de nuevas olas de la revolución proletaria y socialista en la región.

SUMMARY: In Chile, the conceptions not only criticism but besides transformers essentially of the social reality are more recently that the people think. Their generalisation in social sciences, like a work more rigorous, to date

SOMMAIRE: À Chile, les conceptions ne sont pas seulement critiques mais aussi essentiellement transformateurs de la réalité sociale sont beaucoup plus récents de ce qui se pense. Se généralisation dans les sciences sociales,

only from 1960. So, the social sciences, the politic economy in particular, have follow until now a development within is possible to precise, historic and tematic, the following five moments: 1) The decisive impulse of the 60' years; 2) The criticism to the desarrollism; 3) The intents for summarize that criticism in a popular and revolutionary alternative of development; 4) The criticism and autocriticism to the failure of the «Chilen via»; 5) The recently teorics efforts for understand in more objetives terms the contrarevolution in Chile to the light of the actual crisis.

comme un devoir plus simpatique et rigoureux, date aussi seulement au commencement des 60's; mais bien vers la moitié de dite décade. En étant ainsi, les sciences sociales, particulièrement l'économie politique jont suivi jusq'a nôtre jours un développement dans lequel il est possible préciser; tant historique comme thématiquement. Les suivants cinq moments: 1) L'impulsion décisif des années 60; 2) La critique au développement; 3) Des intentions pour concentrer dite critique dans une alternative populaire et révolutionnaire de développement; 4) La critique et autocritique au désastre de la "vaie chilienne"; les récents efforts theoriciens pour comprendre en formes plus objetives la contrarevolution À Chile au Lumière de la crise actuelle.